

XXXV

EN EL LOMO DE UN ELEFANTE

Figuraos á Goliat llevado por Myrmidón. El conductor es pequeño y el animal es siempre enorme. Temblando á cada instante, el palanquín se deforma, sacudiéndoos hasta el punto de estropearos bajo sus cortinas de cuero y su techo de papel. Un monstruo tiene tantos vaivenes como un navío. Conforme el barco se inclina á un lado y á otro, el elefante vacila y os mareáis sobre el lomo del Béhémot. El conductor, pensativo enano, aconseja á media voz al coloso, y éste le escucha y no se equivoca en nada, ni en el vado, que sonda con su trompa, ni en el camino que debe seguir; y con tal que el que le conduzca sea un niño, el elefante jamás tiene miedo.

XXXVI

VENUS

¡Cielos! Un hormiguelo llena el negro espacio; se oye como se mueve y anda lo invisible; junto al hombre dormido, todo vive en las tinieblas. El cre-

púsculo, lleno de fúnebres figuras, suspira; el gamo anda pensativo por el bosque; á algún ser ignorado que flota en el viento, la vincapervinca dice en voz baja:—¡Te amo! La campanilla zumba junto al crisantemo, diciéndole:—Aldeano, ¿por qué te duermes? Toda la llanura parece adorar y estremecerse; el elegante álamo se dobla ante el feo sauce; un arbusto acaricia al antro; el olmo tiende al sarmiento sus brazos convulsivos; las nínfeas, para agradar á los nenúfares pensativos, yerguen fuera de las negras aguas sus blancas siluetas; y en todas partes, revueltas, mudas, despiertan entre los juncos y las cañas, mirando su pálida frente en el espejo de las aguas cristalinas, doblando sus tallos, abriendo sus ojos, inclinando sus cabezas, las rosas de los estanques, esas nocturnas coquetas; flores diosas brillan en la obscuridad, y, en los prados, en la hierba, por la que se arrastra un dulce ruido, en el agua, en la ruina informe y decrepita, palpita todo un mundo encantador y siniestro. Consiste esto en que allá arriba, en el misterioso cielo, vagamente espléndido y glorioso por la noche, brilla Venus, purísima, inefable, sagrada, y, visión, llena de amor lá medrosa obscuridad.

6 de Marzo de 1854.

XXXVII

DE ALBERTO DURERO

En el obscuro mar naufraga el débil esquiife; el rayo corta el aire con un relámpago.

Es media noche. Gime el agua, tiembla el álamo blanco, todo murmura en la negra casa de campo;

en la inhospitalaria torre crece la hiedra; el junco en los fosos de la torre del homenaje;

en los patios, en los grandiosos salones y en los claustros del convento entra silbando el viento.

Suena débilmente la campana, y su tembloroso sonido huye con lentitud.

El zumbido que el aire va esparciendo, introdúcese en la tumba en que yace el cadáver desconocido, desnudo, delectando algún obscuro y macilento problema, mientras el viento ruge á lo lejos.

Todo se esparce en las negras sombras; reyes, reinas, clérigos, monjas, soldadones, enanos.

La voz que todos elevan á la vez parece el postrer suspiro de un moribundo.

Buscan las sombras la claridad lunar, una con mitra, con caperuza redonda la otra.

Esta, que pasa las cuentas de un rosario, lleva en brazos un niño blanco que tiembla.

Aquella, que tiene el rostro velado, canta con voz tierna junto á un abismo sobre el que pende la serpiente.

Otras, que se pasean en el aire, por montes y valles, conducen fríos palafrenes.

El niño muerto de pálida mejilla juega al gnomo, gesticula y ríe el espíritu.

Dijérase que la campana de señales llora.

El tañido, arrastrando el cansado hielo de su son, parece decir:

¡Niño, vuélvete á tu sepulcro! ¡Cae sobre las losas de los corredores, duermel

El infierno hollará tu debilidad. Deja para tus viejos envidiosos sus banquetes.

Eso es asistir al sábado demasiado joven. Ayuna y huye de sus juegos horrorosos.

¿Ves en la santa falange al ángel que viene á abrirte el paraíso? Dí.

Así la muerte á nosotros, multitud de héroes pequeños y de menguados reyes, nos rechaza y pisotea.

Atilas, Césares, Cleopatras; pastores, ancianos bur-lones y necios jovenzuelos,

buenos obispos encargados de las almas, señoras, santos doctores, lansquenets (1) fogosos, pilluelos,

barones, sacerdotes y raitres (2) día llegará en que, con nuestros deseos y nuestros remordimientos, expiemos.

(1) Infante alemán en los siglos xv y xvi.

(2) Soldado alemán de á caballo en la Edad media.

Por lo que á mí respecta, cuando el ángel que reclama el alma entre y se siente una noche sobre mi cama;

entonces, cuando bajo la fría losa duerma ya rígido el sueño eterno,

¡oh, tú! que aún con mis faltas me quieres, ven pronto, si te acuerdas, ven

á tenderte, dormida, á mi derecha, amiga mía, porque se tiene frío cuando se está solo envuelto en la mortaja.

26 de Diciembre de 1827.

XXXVIII

¿Quién une al vacío del hombre vicioso las virtudes terrenas y los fulgores de los cielos? Cuando, por la noche, enciendes la lumbre, ésta se te parece, hombre, enigma sin solución: están las chispas en su ceniza, y, arriba, en su humo se ven las estrellas.

XXXIX

OH, RUS

Dejemos que los hombres negros construyan en su establo leyes que han de hacernos un bien espantoso. Vayámonos á los bosques; vayámonos á la casa de Dios, á los prados en que se ama, junto á los lagos en que se sueña, y procuremos olvidar hasta que hay hombres que hacen leyes.

¡Oh! Cuando es posible huir á los campos, al lugar del gran sueño, entre las flores, bajo la bóveda azulada, ¡cuán poca cosa son los hombres de mentiras, sacerdotes, déspotas, reyes, y con qué facilidad desaparecen esos bergantes bajo la acción de los vientos, los rayos y las voces!

Dejémosles encarnizarse en su loco empeño; hijos, vayámonos allá arriba, en plena naturaleza. Mayo dora la hondonada, todo ríe; las mariposas pasan persiguiéndose dulcemente; el árbol está en flor; venid, huyamos hacia aquel divino olvido.

Allí se desvanecen las terrenas preocupaciones; los campos son puros; allí sonreía *Vo taire* y pensaba Diderot; los perfumes tranquilizan; las rosas, ignorantes de lo que el hombre conoce demasiado, son un consuelo.

Nada allí se interrumpe, nada concluye de mostrarse; el rosal, cuyo aroma Eva aspirara, sigue embalsamando nuestros pesares y nuestros amores; y la vincapervinca es más eterna que Roma; porque lo que dura poco, montes y selvas, es el hombre. Las flores duran siempre.

La pirámide está arrugada cuando por ella han pasado tres mil años; el lirio no tiene ni un pliegue. Ni la flor, ni la idea, ni la verdad, ni la belleza, mueren; Dios rehace contantemente su juventud. La aurora es la muerte; y Dios hizo la tumba con objeto de que todo renazca.

¡Oh esplendor! ¡Oh dulzura! La extensión infinita es un arrullo de amor y de armonía. Contemplémosla arrodillados. Del cielo sale una voz que entra en nuestras fibras; de ahí nuestros cantos profundos; el ritmo está en el espacio, y la lira es nuestra.

¡Venid, amigos míos todos, todos mis hijos! Las llanuras, los lagos y los bosques no tienen pérfidos alientos ni odiosos reflujos. Venid, seamos un grupo errante en la pradera, que discurre por la sombra con palabras de ensueño, y ni aun sabe,

de tal modo siente vivir en sí la naturaleza inmortal, si la cámara dejó á Pantin por Bagatelle, á Versailles por Saint-Cloud, y si el Papa se dignó al fin teñir de rojo la sotana del cura cuyo nombre comienza como cándido y acaba como lobo (1).

27 de Mayo de 1875.

(1) El autor alude á monseñor Dupanloup. *Dupe* significa cándido, sujeto predispuesto ó confiado en grado bastante para ser engañado; y *loup* significa lobo.—(N del T.).

XL

¿Dónde está la claridad? ¿Dónde está, cielos, la llama? ¿Dónde está la eterna luz del alma? ¿Dónde la alegre mirada que siempre ve?

Desde que, presa de los duelos, de las luchas, de los amores, compadeciendo en ocasiones al feliz más que al miserable, atravieso, pensativo, la impenetrable vida, ví cómo, volviéndome á cada paso, la hora tiñó de ébano y de oro los palos del compás. Inclinado sobre la naturaleza, inmenso apocalipsis, tratando de encontrar aquella luz que no se eclipsa nunca, siempre que mis ojos se entreabrían después del sueño, ví cómo, tras las cimas y las pendientes innumerables, tras de las tétricas vertientes de las sombrías montañas, risueña, vencedora, roja, la azulada mañana surgió siempre murmurando:—¡Vivid! ¡Amad! Y ví rodar ante ella, tendidos sus dos brazos, á la obscuridad, triste nubarrón de los espesores fúnebres. Y por la noche, bajo la roca de las tinieblas, montón enorme de bruma en el que ninguna mirada penetra, ví siempre ocultarse al día, Sísifo de la noche.

7 de Enero de 1855.

XLI

LLEGADA AL PARADOR

Se hace alto. Un farol arde á los piés de una Virgen. Allí es. El viajero piensa en las blancas sábanas; el cochero tropieza, jura y grita:—¡Eh, los de la posada! Y el silencio obscuro se llena de aullidos de perros.

El dueño de la casa preséntase en camisa y con una zapatilla puesta; la puerta abre una hoja y un ojo la posadera; la luz tiembla, y el viento que sopla asusta en el umbral á la sirvienta de redondos ojos

III

EL PENSAMIENTO